

EL TENIENTE GENERAL
BARTOLOMÉ MITRE

POR
JOSE JUAN VIEDMA

ARENGAS 16.--TOMO III

BARTOLOMÉ MITRE (*)

«El General Mitre es el más ilustre y respetado de los argentinos... Su vida es un alto ejemplo de conciencia y probidad que proclama la nobleza superior de los más puros ideales y que podría hacer suya la contraseña suprema de Septimio Severo: *Laboremus!*...»—(*La Biblioteca*—1898).

«La verdad debe ser dicha en todos los tiempos; reservarla para proclamarla sobre la tumba del que la inspira es proceder con egoísmo y con miseria. No debe ser la muerte la que le arranque sino el culto á la justicia. Yo la expreso como la siento: el doctor Irineo Portela salvó con su resolución y su ciencia el porvenir de la República Argentina, dibujado ya entonces y encarnado después en Mitre, como el obscuro hijo de Corrientes, Juan Bautista Cabral, salvó en San Lorenzo el porvenir de la América del Sur, encarnado después en San Martín».—*Manuel F. Mantilla*. (La herida de Mitre—1891).

La vida de este ilustre argentino no ha encontrado su Plutarco todavía, porque la tarea es tan vasta, que amedrenta al más esforzado; y porque para abarcarla en su plenitud es necesario concederle lo que exige la grandeza de las montañas: alejarse de ellas para poder encuadrar sus contornos majestuosos dentro de la proyección de la mirada...

Ninguna vida hasta hoy ha sido más beneficiosa

(*) Este estudio biográfico, con el cual creemos coronar dignamente las *Arengas*, se debe á la pluma del señor JOSÉ JUAN BIEDMA, quien dió galantemente su permiso para insertarlo en la *Biblioteca de «La Nación»*.

Las notas numeradas correlativamente se hallan, por mayor comodidad del lector, al final de este estudio.

á la patria argentina, que la vida de Mitre; y al hablar así, no se crea que olvidamos el nombre de ninguno de los grandes ciudadanos, entre los muchos que ha anotado la fama en los anales nacionales. Numerosos son los que se han distinguido á su servicio, pero ninguno con mayor caudal de acción propia, con mayor fecundidad provechosa á las instituciones, con más constancia en la labor, con más abnegación cívica y más grande firmeza en la lucha diaria de tan numerosos años...

Y si no, ved: Mitre cuenta hoy (26 de junio de 1898) setenta y siete años de vida, y comienza á figurar su nombre en 1839 entre los combatientes de Cagancha, por la libertad en el Río de la Plata. Su último libro (1) ha salido de las prensas de esta ciudad en el curso del año próximo pasado (1897), es decir, cincuenta y ocho años de labor fecunda desde su primer campo de batalla hasta la última producción escrita de su talento, y ¿quién ha servido así y en esa proporción cincuenta y ocho años á la patria?

Su acción ha salvado las fronteras del país argentino y desarrolládose en la extensión de medio continente; y siguiendo las huellas trazadas por Belgrano y San Martín, los dos grandes personajes cuya vida ha historiado, ha ido más allá que ellos, tocándole el honor insigne de completar la obra monumental de esos varones excepcionales.

El uno llevó las armas de la revolución hasta Bolivia y el Paraguay, y con las armas los principios emancipadores proclamados por el pueblo argentino; el otro rompió las cadenas que aherrojaban á muchos pueblos y les conservaba amarrados al carro de la conquista. Lo que restaba por hacer, lo hizo Mitre: predicó la libertad civil y la igualdad y defendió los derechos del pueblo en la Argentina; peleó por ellos en la Oriental y sostuvo sus principios en las columnas de la prensa

diaria, en libros y en folletos; batalló en Bolivia por la causa de sus instituciones que ayudó á confirmar con el esfuerzo de su brazo y de su inteligencia; llevó á Chile y al Perú las enseñanzas de la ciencia política, las inspiraciones del espíritu moderno, sembrando en aquella tierra la semilla de ese árbol á cuyo pie cayó Balmaceda, regando con su sangre de mártir demócrata las heridas que en su tronco abriera el hacha de los autócratas y el sable de un soldado extranjero; llevó al Paraguay con sus armas victoriosas la libertad que le faltaba, infiltrando en su organismo atrofiado por el despotismo, nueva savia; al Brasil el convencimiento de la verdadera grandeza moral de este pueblo, borrando prevenciones y preocupaciones sin razón de ser; y á todas partes á que le arrojó la mala ó la próspera fortuna, sus ideas en favor del adelanto moral y material de los pueblos, el caudal inagotable de su saber, sus anhelos de dignificación de la humanidad, su pasión por el bien de sus semejantes... Por eso su fama atravesó tierras y mares, y su nombre fué honrado en pueblos extraños, de algunos cuyo suelo jamás pisó.

Asombrará, pues, á muchos, que abordemos audaces la tarea; pero es que no pretendemos ni esbozar siquiera la personalidad histórica del ilustre patricio que nos honra con su consideración personal; y apenas si, respondiendo al pedido del noble amigo autor de este libro, vamos á tomar un rayo de luz de esa vida de pureza envidiable, para alumbrar con él esta página. (2)

Muchísimos trabajos biográficos del general Mitre conocemos, pero todos son deficientes. Ninguno está en relación con la importancia del personaje, siendo á juicio nuestro, los mejores de tantos como han visto la luz, el del malogrado Adolfo Lamarque, publicado en 1875, el que dió á la *Ilustración Argentina* en 1853 el honorable ciudadano don Palemón Huergo, y de los

publicados en el extranjero, el inserto en el *Diccionario Enciclopédico Hispano Americano* que relata su acción pública hasta 1893, aunque con grandes lagunas. No nos ha sido posible consultar el del distinguido joven Benigno Lugones, tan prematuramente perdido para la literatura nacional, que nos ha sido muy elogiado por personas que juzgamos competentes.

Nosotros seguiremos la senda de aquellos escritores, agregando á su obra el escaso caudal de investigaciones que nos pertenece, que es confesar también la deficiencia de la nuestra, que apenas será, y no podemos pretender más, un reflejo pálido de la vida sin mancha del más glorioso ciudadano que alienta hoy en tierra americana.

El apellido de Mitre cuenta más de trescientos años de vida americana; pues comienza á figurar en nuestros anales con motivo de la fundación de la ciudad de Córdoba de la Nueva Andalucía, por Jerónimo Luis de Cabrera en 1573.

Actúan, efectivamente, en aquel hecho memorable, Juan de Mitre y sus hijos Juan é Inés, que vinieron tal vez del Perú con aquel caballeresco conquistador ó se incorporaron á él en Santiago del Estero; y continúa el primero, por muchos años, desempeñando cargos públicos de importancia en el desenvolvimiento de la colonia.

A otros Mitre, José y Felipe, correspóndeles también el título de fundadores y pobladores de Montevideo, á los que se otorgó solares, chacras y suertes de estancia, en el repartimiento de tierras que se hizo con aquel motivo, así como á don Bartolomé, descendiente de aquéllos, alguacil mayor que fué en el Cabildo de la nombrada ciudad (1762-67), el de fundador de Santa Lucía en el territorio de la actual República del Uruguay, donde nació su hijo Ambrosio, padre de nuestro biografiado, el 6 de diciembre de 1774.

Don Ambrosio emprendió sus primeros estudios en Montevideo y pasó á Buenos Aires á terminar su educación. En su juventud prestó servicios militares en la Banda Oriental y en 1806 fué nombrado comandante de la frontera sobre el Río Diamante (Mendoza), en desempeño de cuyo cargo fundó el primitivo fuerte San Rafael, que fué trasladado después por orden superior, algo más al Sur.

Tomó participación activa en la revolución de Mayo y en muchos de los sucesos que de ella emergieron ó fueron consecuencia, sirviendo á la patria con fe y desinterés, desde su modesto puesto de segunda fila y por muchos años, singularizándose en la heroica defensa de Patagones contra la invasión brasileña en 1827.

Casó en Buenos Aires con doña Josefa Martínez ⁽³⁾, dama distinguida, hija del patriota de ese apellido; y primogénito de este matrimonio fué el que heredando el nombre de su abuelo y las virtudes de sus padres, llamado estaba á inmortalizar el apellido que uno de sus antecesores trajo al nuevo mundo tres siglos atrás.

Don Bartolomé Mitre nació en la ciudad de Buenos Aires el 26 de junio de 1821. ⁽⁴⁾ Los brazos del vencedor del Cerrito, general Rondeau, lleváronle á la pila bautismal; y llegó á amarle tan tiernamente su padrino, que en la hora de la agonía, llamóle á su lecho para entregarle en legado toda su fortuna: su sable vencedor de leones, y sus «memorias» autógrafas. Sus primeros años corrieron plácidos á orillas del lejano y poético Río Negro y allí, en Carmen de Patagones, recibió las primeras lecciones de su maestro: su padre. Seis escasos contaba de edad, cuando oyó también silbar las primeras balas enemigas; y contempló con admiración ingenua caer rendidas las banderas brasileñas á los pies de los modestos soldados de la República, que defendieron aquel pueblo, de la potente invasión del 7 de marzo de 1827.

Y tan perfectamente recuerda aquellos hechos, tan profundamente grabadas conserva las impresiones de esos días ya tan lejanos, que asombra á los que le escuchan referirlos. (5)

Poco después de aquellos sucesos regresó su familia á Buenos Aires, y el joven Mitre fué colocado por su padre que quería educarlo bajo la dura ley del trabajo, familiarizándolo desde niño con sus aleccionadoras exigencias en el establecimiento de campo propio de don Gervasio Rosas, situado en el Rincón de López sobre la costa del Río de la Plata, á inmediaciones de la ensenada de San Borombón. Pero, desconocedor, tal vez, del carácter un tanto brutal de su amigo, que tenía fama de honrado y recto, no sospechó que éste obligaría al niño que confiaba á su dirección á rudísimas faenas, contrarias á su educación é índole y muy superiores á su edad y fuerzas; procediendo, en consecuencia, así que tuvo conocimiento de ello, con el natural disgusto, á substraer á su hijo de la tutela poco paternal de aquél. (6)

Su biógrafo el doctor Lamarque dice que Mitre dió á luz en Buenos Aires, á los quince años (1836), una colección de poesías «cuyos ecos se han perdido», en contra de lo que asegura el bibliófilo Zynny, de haber sido la titualada «No tengo un nombre» la primera que escribiera y publicara en 1838 en *El Iniciador*, de Montevideo.

A fines del primer tercio de siglo, la familia de Mitre se trasladaba á la República Oriental del Uruguay, de reciente creación, y su jefe fué nombrado tesorero general por el gobierno provisional establecido en Canelones.

El motín militar de 1832 que elevó al mando supremo al general Juan Antonio Lavalleja, no le contó entre sus adeptos, y fué también perseguido durante la administración política del general Oribe hasta 1838,

en que la batalla del Palmar cambió la situación y fué repuesto el señor Mitre por el presidente Rivera en el alto empleo de que había sido despojado.

Nos inclinamos, pues, á creer que el joven Mitre inició su carrera literaria, como la militar, en aquella república; la primera con los distinguidos ciudadanos Andrés Lamas y Miguel Cané, fundadores de *El Iniciador*, en el que colaboró en 1838 y 39, y la segunda en el ejército constitucional al mando en jefe del general don Fructuoso Rivera, que le acordó con fecha 20 de febrero de 1839, en el cuartel general del Durazno, el empleo de alférez de artillería de línea con antigüedad de 24 de febrero del año anterior. (7)

Colaboró en *El Nacional* de Rivera Indarte, desde fines de 1839 hasta 1846 con el venerable don Luis L. Domínguez, que acaba de caer lejos de la patria, enlutando á su pueblo con su muerte, y otros distinguidos ciudadanos; y en 1840 en *El Talismán*, periódico fundado por don Juan María Gutiérrez y Rivera Indarte, y en cuyas columnas aparecieron trabajos de los más sobresalientes literatos que honraban entonces las letras en el Río de la Plata. (8)

No sólo puso nuestro compatriota, como lo insinuamos antes, su inteligencia al servicio del pueblo y de sus ideales políticos, pues también le ofreció su brazo y su vida desde el primer instante que la tiranía fustigó con su látigo á los argentinos, rasgando brutalmente sus códigos y conculcando sus derechos.

La causa de la libertad se debatía anhelosa entre los brazos férreos del bárbaro que la ahogaba; el suelo de la patria se convertiría en un inmenso campo de batalla en el que sus hijos, divididos, librarían un combate á muerte...

Echagüe, al frente de un ejército del tirano argentino, invadió la República Oriental. El pueblo todo se conmovió á tan tremendo peligro; los cobardes se ami-

lanaron y pidieron al sollozo lastimero respiro para el pecho atribulado, ó á la fuga salvación de la vida con pérdida de la vergüenza; los valientes pidieron al esfuerzo y al sacrificio la abnegación y la firmeza necesarias para flagelar al agresor: orientales y argentinos se reconocieron hermanos y soldados de una causa y de una idea, abrazados al pie de sus ultrajadas banderas, juraron vencer á su sombra en defensa de sus comunes glorias y derechos ó caer como buenos...

Mitre está entre los valientes y marcha á campaña.

Un viejo veterano de aquellos tiempos, nos decía: era un tierno niño de cuerpo endeble, rostro pálido y ojos azulados, frente espaciosa, altiva, ligeramente sombreada por sedosa cabellera; nadie sospechaba las energías de su espíritu privilegiado, nadie sospechaba en su brazo la fuerza que le animaba para manejar el acero vengador, nadie creía que en aquel pecho de adolescente latía tranquilo el corazón de un estoico: empero, ni el temor á la muerte ni la terrible solemnidad de la batalla le alteraron jamás.

Sin menester alientos extraños que fortalezcan su decisión, recibe el niño soldado una carta de su padre. ¿Qué encierra ella?

«Te considero en los momentos de una próxima batalla que va á decidir la suerte de la patria.

»Espero que sabrás llenar tu deber; si mueres, habrás llenado tu misión, pero cuida que no te hieran por la espalda.

»Después de perderte, lo que puede suceder y para lo que estoy preparado, consolará el resto de mi triste vida la memoria honrosa que espero me legues.

»Adiós, hijo querido: tú eres mi esperanza.»

¡Noble y generoso anciano!

¡Qué potentes tronaron los cañones de la libertad en aquel día que la mano tranquila de un adolescente

los disparaba al toque marcial de calacuerda, enviando el estrago á las filas del tirano!

El ejército invasor de Echagüe había avanzado hasta las inmediaciones de Santa Lucía, donde acampaba el de Rivera y desde mediados de octubre hasta fines de diciembre de 1839, sólo habían librado escaramuzas de poca importancia. El 29 de este mes y año aquél inició un ataque formal sobre las posiciones de su adversario, situado en los campos de Cagancha.

El combate entre la infantería y artillería de ambas partes fué reciamente sostenido y de sangrientos resultados. Hubo un momento, dice un testigo ocular, que el fuego de artillería se sostuvo á cien pasos de distancia entre una y otra línea, mientras las caballerías huían cobardemente.

Echagüe fué derrotado y en consecuencia evacuó el territorio oriental pasando á Entre Ríos con los últimos restos de su ejército.

Después de la famosa batalla de Caaguazú, ganada en Corrientes en noviembre de 1841, por el general Paz sobre el ejército de Echagüe, el presidente de la República Oriental, general Rivera, invadió en 1842 la provincia de Entre Ríos y unió á las suyas las tropas de esta provincia, de Corrientes y Santa Fe. Salió al encuentro el general Oribe (Manuel) con 9.000 hombres y diez y ocho piezas de artillería, librándose la batalla el 6 de diciembre de 1842 en la punta del Arroyo Grande.

Todas las ventajas estaban de parte del general Rosas por la superioridad numérica y de elementos de combate, por la cohesión y disciplina de sus tropas, por las circunstancias del terreno en que operaba; en cambio, el ejército adversario era inferior en número (6.000 hombres) y en las más indispensables condiciones para entablar la contienda con probabilidades de éxito. «De nuestro lado—dice en sus apuntes militares

»el general César Díaz,—el ejército no pasaba de 6.000
»hombres, de los cuales 1.500 eran de infantería y los
»restantes de caballería con doce piezas de campaña.
»No tenía organización militar propiamente dicha, ni
»disciplina, ni ninguna de aquellas circunstancias que
»constituyen la fuerza de un ejército, excepto, sin em-
»bargo, la constancia y el valor.

»Era una masa colectiva heterogénea, sin enlace
»mutuo entre sus partes y sin armonía en el conjunto.
»Los cuerpos correntinos, que hacían más de un tercio
»en la totalidad de las fuerzas, desalentados ya á cau-
»sa de los sucesos que habían producido la disolución
»del ejército libertador de reserva ⁽⁹⁾ venían por pri-
»mera vez á batirse bajo las órdenes del general Ri-
»vera, y habían efectuado su reunión á él casi en la
»víspera de la batalla. Rivera no conocía esas tropas
»porque jamás las había visto, ni á los jefes que las
»mandaban; ignoraba su importancia respectiva y no
»podía, por consiguiente, darles una aplicación oportuna en las horas solemnes de un combate.»

Rivera, á pesar de todo, dió la batalla en condiciones sumamente desfavorables y no supo cumplir, á juicio nuestro, su doble deber de general y de soldado: llevó impremeditadamente sus tropas al desastre, pero no arrojó personalmente sus terribles consecuencias.

La acción fué tan ruda que casi todo el ejército quedó tendido en el campo, y después de la batalla, todos los prisioneros, de jefe á sargento, inclusive, pagaron con la vida, degollados friamente por sus vencedores, su amor á la libertad.

El capitán Mitre llegó á Montevideo cubierto con el polvo de la derrota y, sin sacudirlo siquiera, corrió á ocupar un puesto entre las filas de la defensa, de aquella defensa brava que Pacheco y Obes llamó *Troyana*, pintándola en páginas conmovedoras, que Alejandro Dumas suscribió sin vacilar, y que Lista, el

valiente de Matucana, reprodujo día á día en su interesante diario militar.

Los poetas argentinos, que á semejanza de los de la antigua Roma, jamás cantaron al despotismo ni adularon á los tiranos, «apasionados de la virtud y de la justicia que son el reflejo de la divinidad sobre la tierra» como lo dice un historiador nacional ⁽¹⁰⁾, entonaron ardientes estrofas alentando á la lucha á los hombres de corazón, de inteligencia y de principios; y en aquel coro de valientes voces resonó la del joven artillero batido en el Arroyo Grande que decía á sus hermanos con el tono de la decisión viril:

Alzaos del polvo inerte
Vencidos, no domados,
Cerniendo la melena
Como potente león;
Alzaos y ante los bustos
De hermanos degollados
Levante un pueblo libre
Su ajado pabellón!...» (11).

Oribe sitió á Montevideo después de pasar por territorio argentino con sus hordas como avalancha desoladora, dejando por doquiera charcos de sangre y á los lados de sus huellas cabezas palpitantes de mártires decapitados á cuchillo...

Paz salvó á la plaza de caer en aquellas rampantes garras de tigre cebado: Mitre y sus hermanos corrieron á las trincheras tras de cuyas escarpas temblaba medrosa la libertad; y poco después el cañón de Cagancha volvía á tronar manejado por la misma mano y Oribe detenía el paso por nueve años en las laderas del Cerrito, en otro tiempo gloriosas.

En la plaza, que un poderoso ejército rodeado de los prestigios de la victoria iba á asediar, sólo existían seis cañones que asestar al enemigo; se recurrió entonces á un arbitrio desesperado que demuestra la de-

cisión que animaba á aquellos valientes: desenterrados los viejos cañones coloniales que servían de tiempo inmemorial de postes en las aceras, y colocados en cureñas fabricadas de prisa y sin elementos fueron emplazados en baterías de improvisada y tosca construcción.

El 16 de febrero de 1843, Oribe sitiaba la plaza y el 10 de marzo se producía el primer choque en los campos del Cristo. Fuerzas muy superiores cargaron á las de la defensa obligando á éstas á batirse en retirada, pero gallardamente.

De pronto resuena el estampido de un cañonazo disparado desde el ángulo saliente de la batería 25 de Mayo en cuya dirección retrocedían las tropas de la plaza. La bala pasa silbadora y va á hundirse entre las filas enemigas abriendo en ellas honda brecha. ¡Aquél es el primer cañonazo de la defensa heroica y Mitre es el artillero que lo dispara. (12)

¡Honor insigne!

Desde aquel día Mitre da sus fuerzas todas á dos instrumentos de combate que, manejados por un brazo guiado por las inspiraciones del saber y del patriotismo, son poderosos elementos benefactores de la humanidad, pero puestos al servicio de una mala causa producen daño algunas veces inconcebible, irreparable muchas: la pluma y la espada.

Combatiendo casi diariamente en las trincheras, aprovechaba los momentos de calma, que otros daban al descanso, para escribir obras de utilidad positiva ó llenar las columnas de la prensa diaria con artículos de palpitante interés, sobre política con especialidad, nutridos de sabia doctrina, animados siempre de las inspiraciones de su espíritu patriótico.

Fué así que colaboró en *La Nueva Era*, (13) en *El Nacional*, *El Iniciador* y *El Corsario*; escribió algunos dramas, entre ellos el titulado *Policarpa Salavarrieta*,

la mártir, cuyos originales quemó y ha reconstruido después, según entendemos, sobre base más meditada; publicó traducciones como el *Ruy Blas*, de Víctor Hugo, que últimamente ha vuelto á dar á la prensa; redactó una *Instrucción Práctica de Artillería* para que sirviera á la academia de artilleros que presidía, y fué reeditada en Buenos Aires en 1861 (14), se contó entre los fundadores del Instituto Histórico Nacional, cantó las glorias de la patria nativa, formó parte de la Asociación Nacional y de la Asamblea de Notables que suplía la falta de un cuerpo legislativo en aquellas angustiosas circunstancias, y respondía en un todo á los principios proclamados y sostenidos por el partido liberal.

El 1.º de abril de 1846 fué su día más amargo. En él tuvo que combatir con un enemigo más terrible que los fieros degolladores de Rosas: con la perfidia y la ingratitud de los que creyó sus amigos, de los que fueron sus hermanos en la lucha por la libertad. Estalló en Montevideo una revolución movida por los partidarios del general Rivera al grito de ¡mueran los porteños! que el caudillo oriental creía culpables de su desgracia, pues á raíz de sus vergonzosas derrotas en la campaña oriental tuvo que refugiarse en el Brasil y perdió completamente la consideración de su gobierno.

Creyó, indudablemente, que la conducta de éste obedecía al influjo de nuestros compatriotas que habían salvado á la plaza de caer en poder de Oribe, é hizo levantar la mayor parte de las tropas en contra de los emigrados argentinos. (15) Montevideo presenció ese día horribles escenas tal como la muerte del bravo Estivao y mayor Vedia (16) y si la Legión Argentina no fué atacada, se debió á la decidida actitud que asumió su jefe, el entonces teniente coronel, hoy bene-